

**Carl E. Schorske, *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*
Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, 284 páginas.**

La colección “Historia y cultura” dirigida por Luis Alberto Romero para Siglo XXI ha reeditado, dentro de lo que podríamos denominar una auténtica política editorial, —que incluye una primera edición en castellano de *El círculo burgués*, de Maurice Agulhon, *Los orígenes de la Ley Negra* de E. P. Thompson, el texto sobre el discurso criollista de Adolfo Prieto, por citar sólo algunos ejemplos relevantes—, el libro de Carl Schorske sobre Viena y el fin de siglo, cuya traducción al castellano —su primera versión en inglés es de 1961 y la definitiva, en ese idioma, de 1979, por la que le fuera otorgado el Pulitzer en 1981, de 1980—, ha estado ausente de librerías por varias décadas y, por tal motivo, ha sido largamente esperada. Se trata de un estudio de historia cultural de fuerte impacto en el ámbito de las letras locales, entre otras cosas porque los estudios de Beatriz Sarlo sobre Borges o sobre el Buenos Aires de los 20 y 30 dialogan —como con Benjamin, Berman, Barthes o Williams— con las contribuciones de este autor norteamericano.

Antes de detallar los argumentos del texto, creo importante destacar lo que este profesor emérito de Princeton, casi centenario —nació en 1915—, puede hacer con la escritura. Leer su escritura es decididamente sentir fascinación por el tema que propone, fuera cual fuere, la Viena de Klimt, como en este caso, o la Basilea de Burckhardt (uno de los ensayos presentes en *Pensar con la historia*, de 1998) o Budapest y New York (del libro que Schorske coeditó con Thomas Bender, 1994). Me atrevo a decir que la cualidad literaria de los ensayos de Schorske posiciona sus objetos de estudio en un nivel de delectación que resultaría muy difícil —si se quisiera— sustraerse a él. No está ausente de este efecto el narrador, él mismo comprometido con las idas y vueltas de la historia, con las desdichas de los hombres y con sus glorias. El narrador-historiador, además, parece un director de cine puesto que el texto tiene un movimiento: atraviesa espacios —el estudio de Herr Freud, el hospital, el gabinete, los jardines, la Ringstrasse, la ópera, los locales de partidos políticos— en los que se ejecutan palabras en voz alta, escrituras científicas, textos literarios, discursos militantes, proyectos urbanísticos, partituras, decoraciones monumentales, pinturas. Con tiempos de morosidad en un poema o la acelerada descripción de una noche en la ópera de Viena, ese narrador actualiza y nos deja caer a la altura misma (para que lo pensemos y lo sintamos, para que a él asistamos) del proceso a través del cual el hombre moderno europeo se vio conmovido por un desplazamiento de viejos órdenes y viejas (y claras) posiciones de las funciones del arte, la cultura, la economía, los vínculos, hacia nuevas formas de apropiación del mundo y necesaria recreación de nuevos universos y lenguajes. En fin, *La Viena de fin de siglo* (me hubiera gustado más sin el artículo, con el nombre habitual con el que lo designan los historiadores, “Viena fin de siglo”, directamente), es un libro para leer, brillantemente escrito, para disfrutar.

Cómo fue el inicio de una transformación cultural cuyas grandes innovaciones —en la música, en la economía, la filosofía, la política, la arquitectura y, especialmente, el psicoanálisis— “rompieron sus lazos con la perspectiva histórica que había ocupado un lugar central en la cultura liberal decimonónica en la que se habían formado” es el objeto de análisis del texto. Esta premisa general se estudia en el marco de las llamadas escuelas vienesas, puesto que se focalizan allí, algo dramáticamente, los procesos de formación de la cultura ahistórica del siglo XX en toda Europa. Así, Schorske incursionará en distintos “terrenos” en los cuales se dará esta cuestión, que no cubrirán la totalidad de los fenómenos, disciplinas o espacios que pudieran estudiarse bajo esta lente. Por ello, los capítulos del libro se leen como artículos que focalizan en ciertas temáticas y que arrojan conclusiones respecto de ellas, aunque todo el libro se encuentre relacionado por la preocupación central de la interacción entre política y cultura: “Es mi deseo —nos dice Schorske— que, como en un ciclo de canciones, la idea central sirva para establecer un campo coherente en el que las diferentes partes echen luz unas sobre otras y, juntas, iluminen el todo”. La inevitable presentación lineal que impone la escritura adquiere otra dimensión en cuanto leemos los capítulos II, III, V, VI y VII: el capítulo I, “La política y la psiquis”, centrado en dos figuras literarias, es el prefacio en el que se expresa la tensión entre el legado cultural austríaco y las diversas búsquedas de significación y lugar social de nuevas apropiaciones culturales. En este sentido, todos los capítulos posteriores escenificarán, a partir de distintas modalidades, esa tensión, que se hará lucha, crisis, rechazo, ruptura según el caso; el capítulo IV, “Sigmund Freud: política y parricidio en *La interpretación de los sueños*”, además de profundizar en este texto insoslayable de Freud, oficia de eje conceptual del libro todo: el producto ahistórico (en este caso puntual, el psicoanálisis) de una huella (aquí se define como trauma) que la historia, en su paso por el individuo, ha provocado. Así será, volviendo, lo que ocurra con



Arthur Schnitzel y von Hofmannsthal (capítulo I), con dos prominentes arquitectos (Otto Wagner y Camillo Sitte, capítulo tercero), con Klimt, Oscar Kokoschka y Arnold Schoenberg en los restantes.

¿Cómo recorrerá el historiador los disímiles materiales y disciplinas? Si bien se hace evidente la erudición del tratadista, también lo es la propuesta metodológica de trabajar en la interdisciplina pero desde la historia. Señala Schorske que la mirada de cada especialista le da sustento a su trabajo porque le permitirá llegar al necesario análisis interno, textual, que otorga una comprensión acabada del producto cultural estudiado. Esto quiere decir que, más allá de las deudas que el autor contrajera con pintores, arquitectos, psicólogos, hay un esfuerzo por parte de él de aprender las lógicas de cada una de estas aproximaciones para mejorar, pulir y afinar la tarea que le es propia. Hay, también, un generoso reconocimiento al cuidado que se debe tener en cuanto se pisan territorios que nos vienen desde fuera de nuestra disciplina. El historiador podrá así, ubicar e interpretar temporalmente ese producto cultural en un campo en el que se produce la interacción entre la mirada sincrónica (la textual) y la diacrónica (la histórica):

La línea diacrónica es la urdimbre de la tela de la historia cultural, y la línea sincrónica, la trama. El historiador es el tejedor, pero la calidad de la tela depende de la resistencia y el color del hilo. El historiador debe aprender un poco de los hilados de las disciplinas especializadas cuyos académicos, si bien han perdido interés en la historia como uno de los principales modelos de interpretación, saben mejor que el historiador cuáles son las fibras resistentes y de colores puros de su actividad. El tejido del historiador será menos delicado que el de ellos, pero, si emula el método de los especialistas, su hilado será lo suficientemente útil para el tipo de tela estampada que se requiere de él.

Puede decirse, como nota marginal, que el momento en que este libro se elaboró fue especial en cuanto a la forma en la que se abordaban los objetos literarios o arquitectónicos y pictóricos y tal vez ocurriera lo mismo en el ámbito musical. Schorske está pensando la tarea crítica en esas disciplinas a partir del auge y desarrollo pleno de la perspectiva estructural y funcionalista, que hacía de la inmanencia textual y de la sincronía la única posibilidad sobre la que asentar el análisis. Hoy por hoy, el diálogo con la historia se ha abierto y, al menos en el campo de las letras y en el caso de la crítica argentina, el hacer crítico es concebido en la interacción de lo textual con los contextos y otras muchas relaciones. Desde luego que esta observación no apunta a restarle un ápice al texto de Schorske sino más bien a evidenciar la posibilidad de la lectura de su libro en tanto texto que *también* da cuenta de la historicidad de las miradas de la crítica.

El recorrido por la Viena que pasa del *art nouveau* al *art déco*, de la experiencia del ascenso burgués, pleno de salud y esfuerzo, a la reinstalación de la mirada aristocrática y escandida de las cuestiones sociales, del proceso de desarrollo de las pasiones y del arte como su enloquecida expresión (hacia 1890) a la lucha por la continencia, la racionalidad y la actitud decorativa (en 1910) representan, de alguna manera, una de las ideas más fuertes del libro: una vez que se ha podido desbaratar el orden establecido, se comprende, a las puertas del siglo XX, que ha sido más fácil vencerlo, descomponerlo, que siquiera imaginar una utopía, un proyecto, un nuevo orden que sustituya las ruinas. Esta experiencia marcará las vidas y las acciones del hombre de la calle y del artista, quienes se alejarán, definitivamente, de aquellos utopistas franceses del XVIII a quienes les era más difícil deponer el orden impuesto que imaginar mundos posibles.

Dos capítulos merecen especial atención no tanto por el placer de su lectura —que no deja de estar presente— sino por su ejemplaridad en cuanto a que muestran el impacto en la vida de los hombres que a largo plazo ha tenido las transformaciones allí analizadas. En un caso, asistimos a un personaje, Sigmund Freud, y su ensayo *La interpretación de los sueños*; nadie podría negar hoy que el psicoanálisis salió del gabinete e irrumpió en la calle, en la vida de todos los días, más allá de los diagnósticos que pudieran hacerse al respecto. Schorske analiza el momento de la escritura del texto, su dimensión política y el impacto que la Historia provocó en la historia personal de su ya celeberrimo autor. El otro capítulo se refiere a la emergencia de tres líderes políticos que dieron origen a perspectivas ideológicas decididamente complejas y de altísimo impacto social: el nacionalismo, el socialismo cristiano y el sionismo. Los tres comenzaron sus carreras políticas como liberales y renegaron del liberalismo por dejar de lado las necesidades de las masas, a quienes, desde diversas perspectivas ellos dieron respuestas. Georg von Schönerer (1842-1921), “extraña mezcla de gánster, filisteo y aristócrata, que se consideraba a sí mismo el caballero redentor del *Volk* alemán”, provenía de la vieja izquierda a la que transformó en una nueva ideología de derecha: agrupó a los radicales alemanes y los condujo hacia una política antisemita extrema, un pangermanismo racista; aunque Karl Lueger (1844-1910) compartiera con Schönerer ciertas metodologías (la apelación a los estudiantes y artesanos, el uso del alboroto y la turba como técnica política), éstas fueron utilizadas para desarrollar el movimiento contrario: Lueger transformó el catolicismo político austríaco (una vieja y tradicional política de derecha) en una nueva ideología de

izquierda, el socialismo cristiano. La descripción de cómo se dio la formación como político, su ascenso y el modo a través del cual Lueger se convirtió en 1897 en alcalde de Viena son páginas en las que Schorske se supera a sí mismo, con una elección de citas de abierta pertinencia y sensibilidad. Por último, tenemos a Theodor Herzl (1860-1904), periodista austro-húngaro. Provenía de una familia judía, de habla alemana, cuyos primeros años estuvieron dominados por las ideas de asimilación y de actividad periodística, literaria y cultural a favor de la unificación alemana. Pero su correspondencia en París le permitió asistir al “caso Dreyfus” y constatar el creciente y enfervorecido clima antisemita que lo hizo cambiar radicalmente sus puntos de vista y pasar a constituirse en el fundador del sionismo. Esta tríada conforma un eje fundamental del libro y, como ya indiqué, sus acciones han sido determinantes en la naturaleza, diría, del siglo XX.

Incapaz de agotar en una reseña los sutiles caminos por los que transitan los argumentos de Carl Schorske, termino con una idea que se refiere a la aparición del expresionismo y que puede oficiar claramente como hilo central para todo el texto: los elementos de la cultura y la política analizados en cada capítulo son manifestaciones que definen al hombre moderno como un ser, al decir de Oscar Kokoschka, “condenado a recrear su propio universo” a partir de la generación de nuevos lenguajes; así, a principios del siglo XX, en esa búsqueda y creación, la Viena de fin de siglo “había encontrado su propia voz”.

Rosalía Baltar